

habilidades culinarias,—poseídas en realidad cuando sus juventudes campesinas,—no condimentó ni lo más sencillo muy bien que digamos. Al incierto futuro con que gratuitamente contaban, consignaron asimismo las opiparas comidas de que habían de disfrutar; todo lo emplazaron para pronto, mañana ó en una semana, plazos breves de quienes traen á costas pesada carga de desdichas y ansían descansar.

¿Por qué á cada proyecto y á cada plan, el implacable mal sin remedio que á Santa afligía le clavaba las garras, desbarataba los castillos de naipes y entristecía á Hipólito?.. Doblábase Santa apoyándose en muebles y paredes, desfigurado el rostro y hundiéndose ambas manos en los sitios doloridos; acariciábala Genaro, é Hipólito fruncía las cejas y entre dientes mascullaba quién sabe cuántas protestas é imprecaciones. Cuando los dolores se acrecentaron y que Santa hubo de acostarse, el músico declaró, sombrío:

—Lo primero es que te cures! Mañana te verá un médico, y si ese no sirve, otro, y otro, hasta que alguno te alivie!

Con uno bastó; uno que se presentó de la parte del facultativo particular del establecimiento de Elvira y al que Hipólito había acudido en su tribulación.

La enfermedad de Santa era tan característica, tan avanzada se hallaba, que el galeno tuvo de sobra con un solo examen para diagnosticarla por su nombre terrorífico y para pronosticar un desenlace próximo y funesto. Terminado el examen, llamó á Hipólito á la azotehuela, todavía con pétalos, tallos y hojas de las flores de la vispera, y

sin medias tintas ni prolegómenos disparó la nueva:

—Lo que padece la señora es un cáncer tremendo y sin cura!... ¡es mal incurable! ¡Quizás alargárasele algo su vida, aunque tampoco es seguro, procediéndose á la operación; pero la operación no carece de riesgos y es costosísima...

—¿Cuánto?...—interrumpió el ciego, pálido y convulso, á todo resuelto menos á perder á Santa.

—Pues, por ejemplo, en el Hospital "Béistegui" que posee todos los adelantos modernos, porque aquí ni intentarlo,—repuso el facultativo aludiendo á la ruindad de la morada y avaluando de una ojeada lo que el músico sería capaz de pagar,—costaría unos cien pesillos, sin incluir lo que cobren por la convalecencia en una de las salas; yo llevaré á un compañero y á un practicante, para el cloroformo.

—¿Dice Ud. que sin la operación es infalible y pronta la muerte de la enferma?...

—Infalible y pronta, si señor!

—¿Cuándo quiere Ud. operar?—preguntó resolviéndose y sin discutir precios,—yo pago adelantado...

—Pasado mañana, en la mañana—contestó el doctor después de consultar su cartera.—Mañana arreglaré su ingreso y dormirá ya en el hospital.

—¿Puedo asistir á la operación?...

—¡Hum!... si Ud. se empeña y promete no moverse ni chistar...

—¿Cómo se llama la operación?—preguntó Hipólito por último, desencajado.

—Histerectomía!

Y el enrevesado nombre acabó de anonadarlo; encontraba enrevesada la estructura y siniestro el sonido; le sonaba á terrible, á peligroso, á inhumano. No colegía nada bueno, y si con ella apechugaba debíase á la pasividad de sér imperfecto que humilla al hombre y lo obliga á conformarse con todos los males que sin cesar se le van encima.

¡Qué caray! él no sabía palotada de nada, fuera de manotear en el piano para ir viviendo. Aquel doctor asegurábale que de no procederse á esa histero... demonios, Santa moriría ¡su Santa!... y ahí no cabían vacilaciones; la operación cuanto antes, con sus riesgos y peligros, que siempre serían más conjurables que los de la muerte.

No se enteró en sus cabales de cuándo el médico se despedía; le estrechó la mano y se quedó hipnotizado por la muerte, á la que veía cortejando á Santa, durmiendo con ella, á cada instante apretando el cerco, y relegándolo á él á postrimer término; á él, que había tenido la paciencia de aguardar á que nadie codiciase á Santa; á que todos ¡todos primero! se hubiesen hartado de ella, y él, á lo último, surgir, arrebatarla, esconderla y adorarla enterita, desde sus piés ensangrentados por los abrojos de su extraviado vivir, hasta sus cabellos, rociados y coronados de besos y de alhajas, de rosas y de espumas, de desprecios y de infamias. Y he aquí que cuando, después del perseverar y del sufrir, creía alcanzar á su ídolo ahora escarnecido y pisoteado; ahora, que ya sus semejantes y sus

hermanos ¡maldita fraternidad despiadada! luego de enfermarlo, envilecerlo y prostituirlo, se lo tiraban á la mitad de la calle por inservible, agotado, exhausto y sin picor; ahora que él se agazapaba á levantarlo así que la jauría humana, ahita y babeante, había vuelto grupas y ululando se precipitaba sobre la carne sana de las ramerías de refresco que, igual á manadas de reses, vienen de todas partes á abastecer los prostibulos, los mataderos insaciables de los grandes centros, ahora ¡ay! un cáncer le trocaba en inviolable lo que fué depósito, arsenal y fábrica de todas las violaciones, lo que de tanto ser violado ya no provocaba deseos ni en los individuos más disolutos... y tras el cáncer, cual si éste no fuera bastante, asomaba la muerte y se la quitaba, riendo de que Hipólito no probaría nunca á Santa, probándola ella y desmenuzándola encanto por encanto; hueso por hueso, entraña por entraña. Contra la muerte no cabía lucha; él luchó contra todo lo que se le había opuesto á la posesión, había luchado pacientemente. Nada lo arredró, mientras lo que se le opuso tuvo sus lados vulnerables y flacos. ¿Que la muchacha inauguró con éxito excepcional su vida libertina, y la ungieron reina, y á sus piés quemaron los penetrantes inciensos de la lujuria y de la alabanza? Mejor! El contemplaba el triunfo desde lejos, confiando en que se desvanecería y las horas negras tendrían de venir. ¿Que él era un monstruo de fealdad y Santa un portento de belleza y de tentación, cuyo gusto, por rudimentario y vulgar que se considerase á sus comienzos, había de afinarse con el roce y había de finali-

zar por habituarse y preferir los hombres guapos, elegantes y ricos, los que no reparan en ensuciarse con todos los fangos porque para contrarrestarlos disponen de todos los perfumes? Mejor! Hipólito presentábase el día del desencanto, y lo querrian por él, monstruosamente feo, y no abrigaría aprehensiones de que los hermosos y los elegantes volvieran á cortejarle á su querida. Las alarmas de Hipólito, nacieron al amancebarse Santa con el torero sobre todo; ése sí había sido riesgo, y de órdago! Una vez conjurado, reputóse futuro dueño exclusivo de Santa, y bárbaramente, con cruel salvajismo de enamorado, fueron alegrándolo las sucesivas caídas de la chica. Que cayera, sí, que se lastimara y se hiciera sangre, mucha sangre por fuera y dentro; que una enfermedad le quitase su belleza ó un cuchillo celoso y anónimo se la desfigurase; que la repudiaran todos ¡todos! hasta los animales y las piedras, para que entonces se acordaran de él y lo llamaran y lo quisieran. Ni miedo de que él renunciase ó de descontentadizo y digno alardeara ¡oh, no! él amaba, y en consecuencia, de antemano había perdonado, de tiempo atrás esperaba en la sombra, en el silencio y en las lágrimas, con los brazos tendidos en perenne súplica ignorada, á que las injusticias y las iniquidades se cebaran en la mujer elegida y por remate se la dieran sin joyas, sin ropas ni alegrías, herida por los vicios y depurada por los martirios... El la aliviaria, él que era feo como monstruo, repugnante como la miseria, pobre como Job, desvalido y ciego, él la aliviaria, con el supremo electuario de su amor infinito.

Pero la muerte es la invencible, la superior á todo lo malo y á todo lo bueno; la muerte pulveriza á los individuos más fuertes y los proyectos más cuidados; y era la muerte la que se aparecía en el preciso momento en que Hipólito principiaba la idolátrica cura de Santa. Sus energías para luchar y esperar evaporábanse, doblaba las manos...

Y en un raptó de desesperación, para de un golpe castigar su impotencia y su desgracia, llevóse sus crispados dedos á sus ojos blanquizcos y sin iris, resuelto á extirparlos, con demencia irrazonada; ya que nunca le sirvieron ni nunca habian de ver á Santa, que se pudrieran ellos primero en algún muladar, y él luego, en cuanto también se sacara con sus uñas el amante corazón, que, muriendo Santa, tampoco para nada le servía...

—Hipo ¿qué haces?—le dijo Santa, aquietándole las manos convulsas, al salir á la azotehuela á averiguarpor qué el ciego tardaba.

—¿Yo?... pues sacarme una paja que se me entró en los ojos. ¿La ves tú?...

Fué la prueba decisiva. Jamás vió Santa tan de cerca aquellos ojos horribles, capaces de impresionar hasta á un naturalista: blanquizcos, rugosos, opacos, con redecillas venosas que simulaban en la convexa superficie de los globos enormes y yertos, complicadas marañas de cabellos sucios; los lagrimales, grises, con pequeños y asquerosos conglomerados de substancia clara.

Sin tener que vencerse, con la tierna desprecupación altísima de mujer que ama, para la que

no existen deformidades; con qué cariño y cuánta gratitud los besó diversas veces, en su alrededor, en los párpados entornados, en las cejas bravías y en las pestañas trucas! ¡cómo los hizo que en llanto se empaparan! ¡qué noblemente cayó encima del hombro de Santa la fea cabeza y el desgraciado rostro del ciego!...

En esa postura, lo interrogó acariciándole su oreja bestial con los labios suyos, los que habían sido enloquecedores, carnosos lo mismo que pulpa de jugoso fruto, rojos lo mismo que granada á la que entreabre su propia savia, frescos lo mismo que sombreado venero montañés, y que ahora, hinchados y colgantes en sus comisuras, no inspiraban sino indiferencia ó piedad:

—Estoy de muerte ¿verdad? ¿te lo ha dicho el médico y tú ni te resignas ni hallas manera de decírmelo?... Dimelo, Hipo, dimelo, que yo ya me lo sé!... me siento mala, mala como si me desarmaran á tirones para guardar mis huesos... Lo que no me gusta es que tú te pongas así, pues qué ¿no sabes que todos hemos de morirnos?...

Temblorosamente, Hipólito la apretaba, ora la cintura, ora el anca ya flaca, sin sus morbideces y durezas de hacia sólo un año, cual si pretendiese cubrirla íntegra, multiplicar las defensas de sus manos y los escudos de sus brazos. Enlazados encamináronse al dormitorio, en el que permanecieron bastante tiempo sin hablar y sin soltarse, gustando á solas del placer de reconocerse el uno del otro, juntos, quietos, en amorosa resignación muda frente al destino injusto que amenazaba para toda la eternidad separarlos. Así estaban bien, por cima del lodo en que

habían vivido; asidas sus manos, sus cuerpos en contacto íntimo de abandono voluntario, de casta dádiva recíproca al borde de la tumba; los dos desventurados; los dos heridos por la vida; los dos desesperanzados y no oponiendo á las secretas fuerzas inexcrutables que nos amagan, sino una tristísima pasividad de impotentes que se unen para que el rayo los destruya unidos, queriéndose y llorando... Y en esa quietud dramática los cogió la noche; y Genaro, melancólico, no osaba perturbarlos; y "El Tiburón", refrenó sus vuelos, se posaba cerca y parecía mirarlos de lado, con sus ojillos sanguinolentos que palpitaban... No cenaron; cuando Genaro se ofreció á ir por cena, aprovecharon ellos la interrupción para dar suelta al mundo de confidencias, encargos y súplicas que preceden á las grandes despedidas.

—Avisa á Elvira que no iré á tocar, y tú, toma, cena donde te acomode y regresa tarde... coge las llaves!

Luego que solos quedaron, Hipólito, encendió un cigarrillo, Santa rehusó una copa de aguardiente, y ambos, empleando inauditas finuras, consagráronse á la ingrata tarea de escarbar en sus existencias mútuas.

¡Válgame Dios, y cuántas penas ocultas salieron á las tinieblas de la ruin sala; cuántos sitios lacerados se descubrieron los narradores; cuántos sufrimientos comunes, cuántas amarguras y cuántas cicatrices!

En su ansia de contárselo todo, mezclaban infantilmente lo pueril y lo serio, lo que graba trazas en el alma y lo que provoca sonrisas al

recordarse. Con incongruencia, fuera de propósito y obsesionado por la idea fija, Hipólito iniciaba preguntas, respuestas, rectificaciones y ratificaciones con aplomo gratuito, para sugestionarse y sugestionar á Santa, para de veras creerlas á tanto repetirlas:

—Como tú no te has de morir de esto del cáncer, por eso es la operación, para que sanes, cuando te alivies, después de tu convalecencia, haremos...

Un millón de proyectos, descartando á la muerte que con necesidades de mosca volvía y volvía á zumbiar por sus oídos, á enmudecerlos con su aleteo invisible. En ocasiones, ganábalos la confianza; vivirían, si ¿por qué no habían de vivir juntos? ¿á quién perjudicaban con su enlace voluntario, si eran dos desperdicios sociales que nadie habría de reclamar? Y durante los fugaces momentos de confianza, de victoria, de este poderoso instinto de conservación que nos hace agarrarnos á la vida aun cuando sintamos que se nos escapa sin remedio, charlaban de cosas gratas, de sus infancias, de sus madres; de que Santa se llamaba Santa porque nacida en un día primero de noviembre, su madrina, una italiana cuyo esposo administraba la hacienda de "Necoechea", en San Angel, opúsose á que su ahijada se llamara Santos, alegando que en su tierra es común que una mujer se apellide Santa y que á las que tal nombre portan se les diga por el diminutivo: Santuzza ó Santucha, no recordaba exactamente.

Por su lado, Hipólito confió á Santa un grandísimo secreto: no estaba tan tirado á la calle,

era poseedor de más de cuatrocientos pesos economizados.

—¿Qué te creías?—dijo yendo á sacar un envoltorio del colchón de la cama,—¿que yo soy un pordiosero?... Te chasqueaste, mi Santa, te chasqueaste, porque soy un capitalista. Cuenta, cuenta el tesoro!—exclamó riendo y deshaciendo la hucha encima de la mesa.

Encendieron la luz, Santa contó; había, en efecto, entre billetes y monedas, hasta cuatrocientos once pesos con seis reales. El porvenir de la pareja asegurado por un año lo menos. Pronto se evaporó el facticio contento; tornaron al sofá, á sus lugares, y de nuevo se cogieron las manos y aproximaron sus cuerpos; la salita, alumbrada ahora; "El Tiburón" picoteando los billetes y las monedas, irónicos é inservibles si no hay que los gaste.

Debió ser tarde, porque la casona había entrado en muda.

Muy nerviosa Santa y mirando aparentemente al dinero, aunque en realidad mirase fúnebres lontananzas, le soltó de improviso:

—Si me muero... no, no me interrumpas, Hipo, que tampoco yo lo deseo!... pero si me muriera júrame que tú me enterrarás en el cementerio de mi pueblo, en Chimalistac, lo más vecina que se pueda de mi madre... ¿me lo juras?...

Y el ciego juró, con voz clara y entonación firme, mas protestando sin embargo con la actitud, sentándose á Santa en las piernas y estrechándola furiosamente; como si ya, en singular combate, combatiese con la tierra dispuesta á tragarse á su querida.

Acostóse Santa, que no podía con los dolores; Hipólito afirmó que se acostaría luego.

—Dame tu mano, Hipo, no me dejes!—le suplicó Santa entre sábanas. E Hipólito llegóse al borde del catre, donde se arrodilló, á fin de que Santa no se molestara, y donde clavó su rostro monstruoso. Los dos callaban, los dos pensaban inmóviles los mismos pensamientos, muy apretadas sus manos con objeto de que ni uno ni otro se marchara solo. La vela agonizaba despidiendo intensas intermitencias de luz y de sombra, y “El Tiburón”, echado sobre el *tesoro*, dormía con su cabecita escondida bajo un ala.

Al llegar Genaro, que les llevaba unas tortas compuestas porque no se quedasen en ayunas, pasó tal sofocón de divisar el grupo, que ganáronlo tentaciones de arrodillarse lo propio que Hipólito... sin ruido se escabulló á su cuarto y por la primera vez de su vida lo visitó el insomnio; no pegó los ojos, y en cambio, sudó mucho. El silencio imponente de la noche, de la casa y de sus amos, lo impresionó fuera de medida: fué hasta imaginar que Hipólito y Santa habían muerto, que él había muerto también, que todo había muerto.

¡Vaya un aspecto riente el del hospital! Su fachada flamante y moderna; su proximidad con el templo de Regina, en cuya vetustez diríasele apoyado; los anchos de la tranquila plazuela en que está edificado; lo que el sol retoza con las plantas de su primer patiecillo y el aseo extremo que respira, despójánlo por completo de la desconsolada apariencia que distingue á los demás

hospitales. Santa, que sólo conocía en la materia el siniestro hospital de Morelos, y que por su gravedad y por los ahogos que acarrea una operación quirúrgica en el que debe sufrirla, llevaba su alma en un puño, no pudo menos que deponer tristezas y miedos:

—Hipo, Hipo! esto no parece hospital... es tan bonito, que hasta creo que voy á sanar.

Previo cumplimiento de ciertas formalidades; del ajuste y pago correspondientes, quedó Santa instalada en la cama número once de una de las salas cercanas á la de operaciones. Una crujía limpiísima, con un total de veinte camas simétricamente colocadas á una y otra parte, separada cada cual por un mueble barnizado que sirve de mesa de noche y encierra los prosáicos menesteres en que el cuerpo se desahoga. Al fondo, una mesa con trastos y libros; dos cuartos para el practicante y los enfermeros; colgado de un testero, un Crucifijo grande, en escultura y sin peana. En el testero opuesto, un extenso lavabo automático de mármol y metal niquelado, en esqueleto. Sutil olor á desinfectantes, exceso de ventilación graduada y de claridad libre. Se habla á media voz, el calzado no produce ruido. Varias enfermas, levantan la cabeza, miran curiosamente á los que entran y vuelven á hundirla en las almohadas. Parten de un rincón apagados quejidos rítmicos. Sentada á orillas de una cama, una mujer vestida, tose, escupe en una escupidera que por sí misma se lleva á la boca, limpiase con un pañuelo extendido y vuelve á toser. Recargada en las almohadas de otra cama, distingue un busto flaco, de hombros angulo-

sos y brazos de niño; las manos desgranaban las cuentas de un rosario y reposan encima del embozo de las sábanas que cubren un vientre enorme; el rostro se ve muy pálido, hundidos los ojos; los labios, exangües, color de tierra seca, recitan las letanías sin formularlas, como si las rumiaran, las rumiaran, y no atinasen á tragárselas...

Santa ha ido describiendo á Hipólito,—que no la suelta,—desde el ingreso hasta su cama. Allí se despiden; él regresará á la tarde.

Anúncianle al salir que la operación será á las 7 de la mañana siguiente, y Genaro y él tiemblan de oírlo; sin hablarse, se marchan llamando la atención de empleados y porteros.

—¿A dónde vamos, amo?—pregunta Genaro en los umbrales de la casa del Dolor.

—¡Vámonos al...!—vomita el ciego en descompuesta voz. Y la insolencia retumba en los ambientes de la plazuela espaciosa y sosegada.

Sin preciso rumbo echáronse á andar por las calles indiferentes y colmadas de vida, de la inmensa ciudad insensible.

La visita de la tarde, más que reanimarlos los atormentó. No se atrevieron á decirse nada en aquella sala de padecimientos y de testigos; ni siquiera mencionaron su amor, convertido por contrario signo injusto, en irrisión y sarcasmo; no traicionaron el fingido parentesco inventado con el plan de que á Hipólito se le permitiera esa visita y su asistencia á la operación. Se han declarado hermanos y como hermanos se conducen, tierna y castamente. Lo propio que la víspera, se cogen las manos; diríase que no se can-

san de ese contacto, inofensivo y amante á la vez. Poquísimas palabras. Santa mira á Hipólito y lo encuentra bello, decididamente. Hipólito pugna porque sus ojos vean á Santa, y de no lograrlo, mantiene sus párpados cerrados, tan pegada la barba á su pecho cual si estuviera horadándose. Genaro, sentado en el suelo, los ve á los dos.

Un triunfo costó á Hipólito ir por la noche á tocar en casa de Elvira; pero después de lo que había faltado no podía permitirse el lujo de renunciar á un trabajo que le suministraba el sustento, ni provocar que lo licenciasen por poco cumplido en sus obligaciones; sobaban pianistas nocturnos con que substituirlo. En cierto modo, no le resultaba pesado matar así la espera. ¿Qué habría hecho en su vivienda sin Santa y contando los minutos que tenían que transcurrir antes del supremo peligro?... Prolongó, pues, el desvelo; prestóse de buen grado á seguir tocando en horas extraordinarias, arriba, en el piano que á la policía no le es dable escuchar; y cuando á las cinco de la mañana, con el alba, con Genaro y con quince duros de más salía á la calle, todavía retardó su andar cual si con ello pudiese retardar también el fatal advenimiento del instante espantoso. Por Genaro más bien, consintió en penetrar á un cafetín recién abierto, donde, sin probar pan, apuraron el brebaje humeante que les sirvieron. Y en la mugrienta banquetea en que se desayunaban, los sorprendió el doble repique de la Catedral y de la Profesa sonando las seis y media.

Al doblar á la plazuela de Regina, Hipólito se

detuvo é interrogó á Genaro, lo mismo que si el granuja fuese dispensador de vidas y muertes, con fe candorosa de hombre desgraciado y cobarde:

—¿Se morirá Santa, Genaro?...

El muchacho, sin sospechar que con su respuesta se encaraba al Misterio que preside y rige á todo lo creado, contestó:

—¿Y por qué se ha de morir, amo, si á nadie le hace daño viviendo?...

—¡Hipo, gracias á Dios!—fué el saludo con que lo recibió Santa, en postura ya para aspirar el cloroformo, rodeada de médicos, practicantes y enfermeros enmandilados y hasta los codos remangadas las camisas,—¡creí que llegabas tarde!

Blanco como un papel, desatinado como ciego y tambaleándose como un borracho, después de tropezar con aquél y con éste sin dar excusas ni los buenos días, Hipólito desasióse de Genaro y corrió á la cama. Los brazos de Santa acogieron al músico y condujéronlo hasta la boca de la enferma, con gran asombro de los circunstantes que no quisieron estorbar á "los hermanos" en su efusivo transporte. El médico que dirigía la operación los separó, entregó á un individuo la mascarilla consabida, y dijo á Hipólito:

—Juicio, amigo mío; si nó, no presenciara usted la operación. Recuerde su compromiso...

Acomodaron á Santa la mascarilla, sobre la que empezaron á verter las primeras gotas de anestésico, y aún se la oyó murmurar:

—Adios, Hipo... me voy!

—Duerme, mi Santa, duerme sin miedo, y ya verás cómo sanas... hasta luego, hasta que despiertes... aquí estoy, junto á ti!

Era mentira; los doctores lo apartaron y Genaro se le acercó amedrentado con aquel aparato. La cloroformización duró largo rato, gracias al alcoholismo de Santa, que, se puso á charlar incoherentemente: verdades y ficciones, entresacadas de lo mucho que había vivido en tan poco tiempo y de lo mucho que ambicionó sin alcanzarlo nunca; horrores de hetaira y perezas de doncella; una fragmentaria mezcla que sólo á Hipólito emocionaba. Sobrevinieron en seguida dos sacudidas nerviosas con carcajadas, sollozos y gritos; tras éstos, un mutismo alarmante, las aspiraciones imperceptibles, la respiración idéntica al sopro de una fragua: puf...! puf...!

—Ya está!—anunció el operador, sin retirar la mascarilla ni dejar de gotear el cloroformo, que difundía su olor dulzón en reducido radio.

A una seña del cirujano, los enfermeros cargaron con Santa dormida; hacia adelante las piernas flexionadas y oscilantes como trapos; á los flancos, cirujanos y practicantes; á lo último, la cabeza, y el individuo del cloroformo; Hipólito, guiado por Genaro, cerrando el solemne cortejo que cruzó la amplia sala por su camino central, sembrando alarma en las enfermas encamadas á una y otra parte, y que, acabadas de despertar, incorporábanse en los lechos y veían despavoridas el lento y matinal desfile.

Se recorrió, asimismo, un trecho de corredor; abrieron una puerta, é Hipólito notó que el corazón le daba un vuelco brusco y que el entero